

Tras las huellas del ejemplo – Sasha – Bachillerato

Hoy en día, los jóvenes vivimos una grave crisis de identidad. No sabemos quiénes ni qué somos. No tenemos claro nuestro futuro y desconocemos nuestro pasado, nuestra Historia. Estamos alienados con las modas que cambian cada mes y la propaganda hedonista que nos impulsa a consumir sin frenos en un mundo en constante cambio.

Tenemos sed de verdad, pero no hacemos más que conformarnos con un mundo de mentira y falsedad. No se nos ha guiado hacia lo bello y lo profundo, sino a lo fácil y superficial. Se nos ha vendido que solo debemos luchar por lo sencillo, cuando lo que de verdad merece la pena siempre cuesta y requiere esfuerzo. No conocemos los frutos del sacrificio, lo vemos como un atentado a la felicidad y tenemos miedo de salir de la rutina sencilla del placer instantáneo. Somos ávidos consumidores de vacío, ruido y engaño. Nuestras necesidades básicas están todas cubiertas, y el porno, las drogas y la interminable consecución de publicaciones de las redes sociales mantienen nuestra mente ocupada y la conciencia adormecida, no vaya a ser que las preguntas nos acosen y busquemos un camino hacia la verdad. Este modo de vida provoca un profundo vacío en la sociedad y, lo que es peor, una sociedad vacía.

A pesar de esta realidad, no estamos condenados a la perdición, como algunos asegurarían, pero sí estamos desorientados, sin una brújula que guíe nuestros pasos. Todo a nuestro alrededor es inestable: las relaciones de pareja, el panorama político, los valores, la moral, la identidad nacional. Además, esta inestabilidad es continuamente normalizada: al amor se le ha puesto fecha de caducidad, a la vida se le ha quitado el sentido, el bien y el mal se han relativizado y los valores brillan por su ausencia.

No tenemos a dónde ir. No tenemos un camino que nos diga a dónde vamos, ni uno que nos recuerde de dónde venimos. Si esto es culpa de los gobiernos, de nuestros padres o

de los educadores, no lo sé. Solo sé que no pisamos suelo firme, y que nuestros pies no están hechos para él. No se nos han dado señales de cómo hacer las cosas ni se nos ha animado a buscarle el sentido a nuestra existencia o a pensar por nosotros mismos.

Muchas familias no transmiten valores, y la sociedad ocupa su lugar con ideologías para satisfacer los intereses de terceros. Así, lo que debería ser una etapa de definición de la propia identidad y desarrollo de personalidad se convierte en una alienación masiva, en una fábrica ovejas y loros que repiten las mismas ideas sin pensar, sin cuestionarse nada. Pero las hormonas, el desarrollo psicológico y fisiológico y los golpes de la vida están ahí, y nosotros, atontados, no sabemos qué hacer.

A pesar del vacío existencial que nos rodea, a pesar de los intentos de normalizar esta desorientación y falta de búsqueda de verdad, nuestro deseo de alcanzarla y de ser plenamente felices permanece, es una realidad perenne. La búsqueda de verdad y el deseo de plenitud son inherentes al ser humano, y no nos podemos conformar con lo que nos ofrece esta sociedad. No nos llena la superficialidad del postreo en Instagram ni las fiestas sin límites de los fines de semana. Necesitamos algo más.

Necesitamos que nuestra vida tenga sentido, que nuestras acciones tengan una finalidad. Necesitamos conocer nuestras capacidades y nuestros límites. Necesitamos realizarnos como personas, saber quiénes somos. Necesitamos, en fin, cimientos de piedra sobre los cuales desarrollar nuestro proyecto humano, pilares sobre los cuales apoyar nuestra vida. Necesitamos familias unidas, profesionales y educadores comprometidos, amigos leales, gobiernos y empresas transparentes. En definitiva, necesitamos valores. Son los valores lo que hace falta en nuestra sociedad. Valores que nos indiquen a dónde ir y en qué momento parar. Valores que nos ayuden a tomar decisiones.

Yo propongo cimentar nuestra vida sobre esos valores. Valores fuertes. Valores que unan, y no que provoquen rupturas; valores que fomenten la cultura del esfuerzo, y no la queja y el victimismo; valores que nos impulsen a buscar soluciones ante los problemas, y no culpables. Propongo que los valores sean esa brújula que necesitamos, la que guíe nuestros pasos.

Impulsar valores como la honradez, la curiosidad, la solidaridad, la gratitud y el respeto ayudaría mucho a nuestra generación, que tan desorientada está. La honradez mejoraría nuestra convivencia y nos ayudaría a desarrollar nuestro proyecto de vida. La curiosidad haría del mundo que nos rodea algo fascinante e impulsaría el espíritu empirista que tanto bien ha hecho a la humanidad. La solidaridad nos ayudaría a no mirar tanto nuestro ombligo y darnos cuenta de lo que pasa a nuestro alrededor, ayudando a quien lo necesite y creando un clima de seguridad y confianza. La gratitud nos ayudaría a valorar lo que tenemos y a aceptar mejor los contratiempos. El respeto haría que los demás y nosotros mismos nos sintamos libres de expresarnos y de ser sinceros.

La mejor manera de impulsar estos valores sería aplicándolos uno a su vida diaria, viviendo conforme a esos valores e invitando a otros a hacerlo. Entonces, el círculo de influencia podría crecer y se podría transmitir de padres a hijos y de maestros a alumnos, siempre con el ejemplo de quienes los enseñan, pues son las acciones, y no las palabras, las que cambian el mundo.